

Treinta artistas y un artífice

LA exposición que estos días tiene efecto en Sala Gaspar reuniendo no menos de treinta artistas y un artífice, con un total de cien piezas entre grandes y chicas, puede calificarse de verdaderamente representativa en lo que se refiere a la selección de las tendencias, todas ellas plenamente vigentes hoy en la estética mundial. Vaya esta manifestación, que el firmante expresa con la convicción más profunda, para señalar que, en lo que a él toca, mucho menos que perdonar la vida a determinadas formas de expresión despreciadas por el conformismo pseudo rebelde del día, las juzga merecedoras de toda dignidad. Además, no llega a convencerse de que tengan hoy más razón que antes los aficionados a proclamar como únicamente válidos los modos y maneras que reciben el mayor estímulo institucional y los máximos plácemes de la publicidad, elementos ambos siempre más que sospechosos en cuestiones de tan difícil aquilatación como la de la auténtica calidad de cualquier arte.

Por esta razón es que todos los calificativos elogiosos que puedan ser pronunciados con motivo de la muestra que nos ocupa, como cualquier otra similar que se nos ofreciera, han de ser plenamente justificados por el amplio compás de criterio con que ha sido organizada, formando una ponderadísima y reveladora antología de la obra de los artistas de toda orientación más habituales de la casa y vinculados a la misma en una u otra forma.

Así, diverso y variado es el contenido de la exhibición en la que, si hay obras para todos los gustos, gobierna el conjunto un exigente rigor en cuanto a la calidad. No se trata aquí de tibio y desmadejado eclecticismo sin más criterio que el de la viabilidad de una u otra tendencia frente a su público peculiar, sino de la consideración del valor representado por las obras expuestas en cuanto a profesionalidad, probidad, empeño y personalidad. La excelente distribución en que han sido apartadas las diversas modalidades —claro está que de una manera global y hasta donde ha sido posible—, es uno de los atractivos de la exposición, cuyo catálogo, además, aunque ofrecido bajo una cubierta general, se descompone en cuatro fascículos independientes que señalan los otros tantos grupos que incluye la exposición.

El primero de ellos está formado por los cuatro artistas de la casa que gozan de mayor renombre universal: Picasso, Miró, Clavé y Tapis. Del primero hay una estupenda litografía, retrato de Jacqueline, y dos hermosos dibujos de toros; Miró está con tres litografías policromas narradas con su sumaria técnica, más que otras veces, acaso, sobre fondo blanco; de Clavé figuran tres óleos densos, ricos de color y empastados con dinámico lirismo, sabiamente compuestos; Tapis acude con una más nutrida aportación de litos y pinturas, en pleno informalismo dentro de su incesante inventiva.

“0 figura”, el grupo adscrito a esta sala, está representado por sus componentes: Claret, con sus pulcras y evanescentes abstracciones; Hernández Pijuán, con sus pinturas violentas y aborrecidas, en blanco y negro; Tharrats nos aparece jugoso e intencionado, con opimas suntuosidades de materia; Vila Casas se reafirma en su “planimetrismo”, prosiguiendo en su narrativa de pura pictorialidad, altamente expresiva, de contagioso optimismo.

Otro apartado lo forman cinco artistas sin gran nexo entre sí. De ellos, Muxart mantiene su constructivismo de grandes manchones de pigmento; Salvadó —nuevo para nosotros— cultiva una primorosa atención por las cualidades de su pasta, en la que dibuja esgrafiados uniformes; Sucre se mueve entre su irrealismo creativo y la pura abstracción. El escultor Subirachs maneja con su gran sentido estructural las masas de sus construcciones en bloques macizos y en contramolde, entre el misterio y la ironía, mientras el otro escultor de este apartado, Vilella, juega graciosamente con sus fantasías móviles realizadas en caña. A estos artistas se incorporan en el catálogo Feliu Via y Tharrats en colaboración para una serie de preciosas joyas en oro, plata y pedrería, de positiva originalidad, entremezclando en algunas de ellas fragmentos de platería que formara otros objetos, con su refinada labor personal en un alarde de fértil fantasía inventiva.

El mayor sector de la muestra se halla compuesto por diversidad de artistas en mayor o menor grado de fidelidad objetiva cultivadores del representativismo. Arenys nos da muestra de su ágil grafismo en una pintura y un dibujo interpretando sus característicos temas hípico; Montserrat Gudiol, en su concepción espiritualista, delicada y ceñida en su trazo, presenta dos nítidas pinturas; Ibarz, rico en su color y armónico en sus estructuras, mantiene su posición en dos lienzos bien propios; lo mismo cabe decir de Lloveras, sensitivo como siempre; Llovet, con su “Maja”, da una agudísima nota que se repite, más quieta, en sus otros dos lienzos; Ribas Rius, en sus temas taurinos demuestra su gusto seguro y su maestría; Riera Rojas navega, sin gran convicción pero con buen oficio, por las aguas del abstractismo; el lirismo grácil y elegante de Sanjuán se pone de relieve una vez más en su aportación; el escultor Saumells reitera su encendido expresionismo en las distintas realizaciones que ha llevado; F. Serra nos da tres lienzos de depuradísima calidad, desembarazados en su composición, apretados en su dibujo y fríos en su color, grandemente persuasivos de sus estupendas cualidades y hondura espiritual; Todó se presenta con sus agudos maquinismos, ahora expresados con un lenguaje más pictórico que el tan marcadamente dibujístico de otras veces.

Juan CORTES